



5 minutos de charla

CON RAMIRO TAPIA

REALIDAD y fantasía, vida y sentimiento que luego él conduce en sueños. Ramiro Tapia, como luego podremos comprobar, es un pintor de una extremada vivencia soñadora. Sus cuadros son los que lo atestiguan, una brillante muestra de los cuales expone actualmente en «Galerías Artes».

También lo atestiguan sus ojos medio cerrados, que miran a su mundo interior, sin dejar traslucir nada. Sólo sus manos inquietas configurarán en el cuadro, formas y colores fantásticos. O realidades. Según se mire.

Ramiro Tapia habla con sencillez. Habla y siente. Y recuerda, no dudo que hasta el primer día de su vida...

—Nací en Santander, puede decirse que fortuitamente. Resido en Madrid. Allí cursé el bachiller y estudié arquitectura, en la que el dibujo juega un papel importante. Y me di cuenta de que lo mío era pintar. Entre las matemáticas y el arte, me dediqué al arte. Fue un paso duro, pues significaba una vida distinta, significaba el tener que vivir sólo de la pintura. Pero es lo auténtico dentro de mí. Lo otro es una faceta social que no me resuelve mi vida espiritual.

—Vivir sólo de la pintura... ¿Lo has conseguido?

—Realmente he alternado la pintura con las cosas más o menos adyacentes a ella: decoración, dirección artística en empresas..., hasta que desde hace cinco o seis años un setenta por ciento de mi forma de vida está resuelta a base de la pintura.

—¿Qué pintas?

—Parte de mi vida, de mi personalidad, de mis añoranzas, si quieres un poco oníricas. Siem-



pre pinta el pintor lo que añora, el mundo que le gusta y sueña y que en la vida normal no alcanza. Mi pintura son mis sueños.

—¿Y cuáles son tus sueños?

—Parte de mis reminiscencias infantiles, añoranzas de un mundo un poco surrealista. Me gusta mucho la vida de los animales. La mayor parte de mis cuadros son pájaros, aves de rapiña, corales. Bodegones, por ejemplo, combinando corales con pájaros... Se ha dicho de mí que es el enfrentamiento del ansia de libertad con la vida mecanizada. Reflejo la evasión en los pájaros, con los recuerdos que te oprimen a la tierra.

—¿Fantasías?

—Todo está fantaseado. Me gusta, por ejemplo, que un gato sea rojo y lo pinto así. Así lo veo yo. A lo mejor viendo un mundo, en una mesa de despacho, con un pájaro que sale por la derecha.

—¿Hasta qué punto te satisface todo eso?

—Es como un parto... Te das por satisfecho cuando sacas a la luz todo lo que tienes dentro. Tienes una cosa que bulle dentro de tí, late y es un ser. Existe en tí, en tu imaginación. Es como un hijo tuyo, inaccesible a la vida real y que lo haces posible en un cuadro.

—¿Te importa mucho el color?

—Yo creo que el color forma un setenta por ciento dentro de la composición de mis cuadros. Ultimamente me he propuesto ejercicios plásticos en que el color no tenga influencia. Y es que soy muy sensible a él. Hasta el punto, ya te digo, de que me preocupa esa sensibilidad.

—¿Por qué preocupa?

—Porque considero que es una especie de esclavitud.

—¿Qué importancia le concedes tú al color, referido al arte en general?

—El color es parte del sentimiento humano. Las cosas son bonitas de color porque sí. Pero en cuanto a formar arte, no es fundamental. Puede haber arte muy bueno con menos color. Puede haber negros y grises suaves, aunque eso también sea color. En definitiva, creo que todo consiste en saberlo poner.

—¿A quién, o a qué, eres fiel?

—Lo que no puedo evitar es todo el conocimiento del arte en general. Tenemos sedimentos; pero no soy fiel a determinada tendencia. No soy ni impresionista.

(Pasa a la PENULTIMA página)

(Viene de la ULTIMA página)

nista ni expresionista... Yo divido la pintura en objetiva y subjetiva. Y estoy en la línea del ser aislado, que pinta su mundo. Aunque mi pintura es anárquica, no guarda fidelidad a modas o tendencias, que dependen del tiempo. Yo he pintado cuadros psicodélicos antes de que estuvieran de moda. Es la posteridad la que te clasificará. A posteriori, no a priori.

—¿Qué has conseguido?

—Técnicamente, un medio de representar lo que yo deseo. Una forma de expresión, mediante la que puedo dialogar con mis semejantes. Y también me sirve la técnica para pulsar ese mundo nebuloso de los sueños, amarrarlo, y expresarlo.

—Tú estuviste en Francia, Suiza... Estudiaste especialmente

las obras de Klee y Kandinski. ¿Con qué fin?

—Era muy importante ir allí a ver porqué pintaba así. Estudié sus obras y quise conocer su personalidad. Como puedo estudiar a Valle Inclán, que me explica y hace comprender ciertas cosas.

—¿De qué forma influyeron en tí, como otros que hayas conocido?

—Si quieres, es como el pelarjón. La primera materia prima. De todo lo que conoce un pintor le sirven determinados aspectos, los más cercanos a lo suyo. Primero influye, luego lo superas y a lo mejor lo olvidas. Pero hay un sedimento. Es como una vitamina que te sirve para caminar. En mis primeros cuadros me parecía a ellos. Ahora ya no.

—Es la primera vez que ex-

pones en La Coruña. ¿Por qué te has decidido?

—Hice un viaje a Galicia hace cinco años. Leí mucho sobre esta tierra, que me llamaba la atención, como algo mágico y de acuerdo con mi sensibilidad. Y sí, encontré que Galicia era propicia a este tipo de imaginación, factible después de haber vivido una noche volviendo de una romería. Es un espectáculo fabuloso. Ahora comprendo que con esa imaginación, de hechicería, se puede soñar despierto. Una maravilla. Y, en fin, como yo veo este mundo un poco mágico, me apeteció exponer aquí.

—¿Y esperas...?

—Ver si coincido con el espíritu gallego. Me encuentro un poco como con zapatillas... La gente es imaginativa, un tanto

irreal, cargada de literatura, fuerza, mensaje... Otras regiones, más realistas, no lo comprenden.

Es que sería difícil.

ORESTES VARA G.*